

CAPITULO ALFONSO

parece espíritu amor, pero amor fino.



...de tal manera me es-
travada por entre mis comentarios, que concluí
con haber hasta del valor nominal de las palabras
e ideas... Y sin embargo nunca siempre aquella
mujer fía cuyo corazón quería ser conquistado a
cada intervalo de tiempo, en el cual borrándose las
promesas de la vigilia, aparecía el siguiente día
como si fuese una querida toda nueva.

XXIV.

Al revolver por el
epistolario de mi vida me acordaba de
me acordaba de que estaba en ayunas; pero no tenía ni
intención. Por equivocación de desdicha estropeada
me la había el sombrero, lo destruí... Como pa-
ría de allí en adelante abordar una mujer elegante
y presentarme en un salón sin un sombrero conser-

Ya podrás concebir, Emilio mio, todos los dolores
que me lastimaron al volver á mi casa, por una no-
che lluviosa, andando sobre el cieno de los muelles,
por espacio de una legua, y habiéndolo perdido to-
do. Oh! ; Pensar que ella no imaginaba ni de le-
jos la miseria mia, y que me creyera rico, y co-
mo ella blandamente mecido en un coche... ; Qué
de ruinas y decepciones! Ah! ; ya no se trataba
ahora de dinero, pero de todas las fortunas de mi
alma!...

Andaba maquinalmente, á la ventura, discutiendo
en mi mismo las palabras de aquella conversa-

cion para mi desgarradora, y de tal manera me estraviaba por entre mil comentarios, que concluía con dudar hasta del valor nominal de las palabras é ideas!... Y sin embargo amaba siempre aquella mujer fría cuyo corazón quería ser conquistado á cada intervalo de tiempo, en el cual borrándose las promesas de la víspera, aparecía al siguiente día como si fuese una querida toda nueva.

Al revolver por debajo los portillos del Instituto, apoderóse de mí una tempestuosa calentura. Acordéme entonces que estaba en ayunas; pero no tenía un maravedí. Por sobrecúmulo de desdicha estropeábame la lluvia el sombrero, lo destruía...; Como podría de allí en adelante abordar una mujer elegante y presentarme en un salón sin un sombrero corrientte!...

Merced á una extrema vijilancia, aunque sin dejar de maldecir la moda bestial que nos condena á mostrar la copa de los sombreros con guardarlos en la mano constantemente, había logrado conservar el mio en un estado indeciso. Sin estar curiosamente nuevo ó patéticamente viejo, ni desprovisto de bárba ni sedoso, podía pasar por un sombrero problemático; podía conocerse si, que era sombrero de un hombre cuidadoso; pero llegaba ya su existencia artificial al último período: estaba herido, cicatrizado, decrépito; verdadero guiñapo digno representante de su amo...

En fin, á falta de dinero para entrar en algún fiacre, perdía los últimos vestidos.

Ah! ¡si te contaba los sacrificios que había hecho á Fœdora por espacio de tres meses! Consagrar todo el dinero que necesitaba para el pan de una semana, al suplicio de verla un instante; abandonar mi tarea y no comer.—¡Eso no era nada!...—Pero, atravesar las calles de París sin dejarse salpicar, correr para evitar los estragos de la lluvia, llegar á la reunión tan elegante como los petimétres que la rodeaban... Ya puedes figurarte cuan difícil era todo eso para un poeta enamorado y naturalmente distraído...; Pensar que mi felicidad, mi amor, dependía de una manchita de lodo en mi chaleco blanco!.. Tener que renunciar á mi supremo bien si me ensuciaba, ó si me mojaba... Ni siquiera tener un real para hacerme limpiar las botas en caso urgente... Todos esos sacrificios insignificantes, si bien que inmensos para un hombre irritable, habían acrecentado mi martirio.

Tienen los infelices ciertos desprendimientos de los cuales ni aun pueden hablar á las mujeres que viven en una esfera de lujo y de elegancia. No parece sino que vean el mundo al través de un prisma que tiñe en oro á hombres y á cosas. Optimistas por egoísmo y crueles por buen tono, se escimen de reflexionar en nombre de sus goces, y por la seducción del placer se absuelven de su indiferencia para

con la desgracia. Para tales mujeres un sueldo nunca es un millon, al contrario es un millon que las parece un sueldo... Si debe el amor pleitear su causa por medio de grandes sacrificios, tambien debe saber cubrirlos con delicado velo, sepultarlos en el silencio; pero á lo menos prodigando su fortuna, su vida, consagrándose á su culto, los hombres ricos aprovechan de las preocupaciones mundanas que siempre dan algun brillo á sus amorosas locuras: entonces el silencio habla por ellos, y el velo sirve de gracia; mientras que mi horrible necesidad me condenaba á torturas tremendas sin que tuviera derecho de decir: — ¡Amo! — ó — ¡Me muero!

Pero, quizas si bien se calcula, todo aquel martirio no era un desprendimiento bien puro!... ¿Qué no era ricamente recompensado por el placer de sacrificarlo todo por ella?... La condesa habia dado un precio infinito, y sembrado goces escesivos en los mas vulgares accidentes de mi vida. Neglijente poco antes en cuanto al vestir, respetaba ahora mi vestido como á otro yo mismo. Ya puedes estar seguro que te amaba. Entre una herida á recibir y un rasgon de mi fraque, no hubiese vacilado, ¡no!...

Injierete pues ahora en mi situacion, y mira si puedes comprender las iras de mis pensamientos, el creciente frenesí que me devoraba, al venir de casa de mi tormento, animado aun por la marcha. Hasta llegué á pensar, que mi suerte debia mejorar-

se: tan fatal y culminante era la crisis que todo mi ser despedazaba; pero el mal tiene en su seno tesoros inagotables!...

La puerta de mi posada estaba entreabierta, y ví en la calle el reflejo de una luz, que pasaba al traves de las aberturas hechas en los postigos en forma de corazon. Es que Paulina y su madre estaban aguardándome en la sala. Oí pronunciar mi nombre, y escuché.

— ¡El señor Rafael, decia Paulina, es muy diferente del estudiante que tenemos en el número *siete*!... ¡Sus blondos cabellos son de tan lindo color! ¿Qué no encuentras algo madre mia en su voz? — No sé como decirlo, algo que remueve el corazon... Y á mas aunque tenga el aire asi arrogante, es tan bueno, sus modales son tan distinguidos. — Vamos, que no puede ser mas bien parecido... Cierta estoy de que todas las mujeres deben estar locas por él...

— Tu hablas, hija mia, del señor Rafael, repuso madama Gaudin, como si le amases.

— Oh! le amo como á un hermano... respondió con dulzura. ¡Muy ingrata debria de ser para no quererle de corazon!... Que, ¿no ves que me ha enseñado la música, el dibujo, la gramática... finalmente, que me ha enseñado todo cuanto sé?... Parece, mi buena madre, que no atiendes mucho á mis adelantos; pero mira, voy haciéndome muy instruida... De aqui á poco ya sabre lo suficiente para

dar lecciones; y entonces, podremos tener una criada.

Retiréme poco á poco; y luego, despues de haber hecho algun ruido, entré para tomar la lámpara para la cual quiso Paulina encender. Acababa la pobre niña de tirar un delicioso bálsamo sobre mis llagas. Aquel sincero elojio de mi persona me infundió valor. Necesidad tenia de creer en mi mismo y recojer por fin un imparcial juicio tocante al verdadero valor de mis cualidades.

Reanimadas de ese modo mis esperanzas, refléjaronse quiza sobre las cosas que á la sazón me rodeaban. Quizá tambien nunca habia ecsaminado con la debida seriedad, la escena muy á menudo á mi inspeccion ofrecida por aquellas dos mujeres en medio de aquella sala; pero entonces, admiré en su justa realidad, el cuadro delicioso de aquella modesta y tierna naturaleza, tan candorosamente reproducida por los pintores flamencos.

Sentada la madre en un ángulo del hogar medio apagado, hacía calceta, y dejaba errar en sus labios una buena sonrisa. Paulina coloreaba abanicos de chimenea. Sus colores y pinceles, en una mesita colocados hablaban á los ojos por efectos chocantes. Y como estaba en pie, encendiendo mi lámpara, recibia su blanco semblante toda la luz que despidiera. Ah! preciso era estar dominado por una pasión bien infernal, para no admirar aquellas manos trasparen-

tes y rosadas, su virjinal ademan, y su poética cabeza. A mas, la noche y el silencio comunicaban su hechizo á aquella velada, á aquel apacible interior. Bien habia resignacion en aquellas taréas, pero una resignacion religiosa y llena de sentimientos elevados. Por fin, allí ecsistia entre objetos y personas una armonía indefinible.

En casa de Foedora el lujo era seco; y despertábame malas ideas; mas, allí, aquella pobreza humilde, aquel esquisito natural me refrescaba el alma. Tambien podia esto depender de que ante del lujo me hallaba humillado; y junto á aquellas dos mujeres, en medio de aquella sala dentro la cual la vida simplificada parecia refugiarse en las emociones del corazón, quizá me reconciliaba con mi mismo, hallando con que ejercer la proteccion, cuyo prurito tanto corroe al hombre en todas las edades de la vida.

Quando estuve bien cerca de Paulina, miróme con mirada casi asombradora, y exclamó temblorosa, dejando vivamente la lámpara.

— ¡Jesus! cuan pálido estais... Ay! ¡si está calado de agua!... ¡Aguardad; que mi madre vá á enjugaros!... ¡Señor Rafael!..... repuso, despues de una breve pausa, la leche os gusta... Esta noche hemos tenido crema... Ya vereis... ¿Quereis catarla?

Y saltó como un cabritillo sobre un pucherito de porcelana lleno de leche; presentómelo tan vivamen-

te, púsomelo debajo la nariz con tan gentil donaire que titubeé.

—¿Acaso me rehusareis? dijo con voz alterada.

El amor propio de entrambos se comprendió: parecia que Paulina sufriese de su pobreza, y me reprochára mi orgullo. Me enternecí. Quizas aquella crema era su almuerzo de mañana. Sin embargo acepté. Hizo la pobre niña cuanto le fué posible para ocultar su alegría, pero sus ojos despedían centellas de placer.

—¡ Me ha hecho bien !... la dije sentándome ; la necesitaba...

Y entonces una espresion cuidadosa me pasó por la frente.

—¿ Os acordais , Paulina , de aquel pasaje en el cual Bossuet pinta á Dios recompensando un vaso de agua mas ricamente que una victoria ?

— Si... dijo ella.

Y latía su seno como el de una jóven silvia , estrechada entre las manos de algun niño.

—¡ Pues bien ! Como debemos separarnos en breve , añadí con voz no muy asegurada , permitid que os testifique el reconocimiento que os debo por tantos cuidados que de mi habeis tenido vos y vuestra madre.

— Oh ! No contemos , no... dijo como sonriendo ; pero encerraba su sonrisa una espresion que me desgarró el alma.

— Mi piano , repuse como si ella no hubiese interrumpido , es uno de los mejores instrumentos de Erard... aceptadlo... ya podeis tomarlo sin escrúpulo... Tampoco podria llevármelo en ese viaje que quiero hacer...

Avisadas por el acento de melancolía con el cual pronuncié esas últimas palabras , me comprendieron en alguna manera , y me miraron con una curiosidad mezclada de espanto. El afecto que por las frias rejiones del gran mundo buscaba , estaba allí , verdadero , sin fasto , bien profundo y duradero.

No os deis tantas inquietudes ; me dijo la madre. Bah ! ; quedáos aquí !... El corazon me dice , que á estas horas mi marido está de vuelta. Esta noche , hé leído el evangelio de san Juan , teniendo Paulina suspendida entre sus dedos á nuestra llave atada á la Biblia , y la llave ha dado una vuelta..... Esto anuncia que Gaudin está bueno y prospera... Paulina ha hecho lo mismo para vos , y para el jóven del numero siete ; pero la llave no ha rodado mas que para vos. ; Perded cuidado , todos seremos ricos ! Gaudin volverá millonario. VÍle la otra noche en un ensueño dentro un barco lleno de serpientes ; pero por fortuna , estaba turbia el agua , lo que significa oro y pedrerias de ultramar...

Esas palabras amistosas y vacías , semejantes á las vagas canciones con las cuales acalla una madre los dolores de su criatura , me volvieron cierta quie-

tud. En el acento, y la mirada de la buena mujer, habia aquella dulce cordialidad que bien que no borra pesadumbres; las calma, las mece, las embota.

Paulina, mucho mas perspicaz que su madre, me escaminaba con inquietud, y parecia que sus ojos inteligentes debian adivinar mi porvenir. Di gracias por una inclinacion de cabeza á la madre y á la hija; y luego me fuí al cuarto, por temor de enternecerme demasiado.

Luego que me hallé solo, debajo mi techo, acostéme en mi desgracia. Mi fatal imaginacion me dibujó mil proyectos sin base, me dictó resoluciones imposibles. Cuando un hombre se arrastra por los escombros de su fortuna, aun encuentra algunos recursos; pero yo, me hallaba dentro la nada... Ah! ¡amigo mio! acusamos sobrado facilmente á la miseria... Es el mas activo de todos los disolventes. Donde se halla la miseria, á fuera pudor, á fuera idea de virtud ni de crimen, á fuera voluntad libre..... Hallábame sin ideas y sin fuerza, como una doncella arrodillada delante un tigre. ¡Un hombre sin pasion y sin dinero queda á lo menos dueño de su persona, pero un desgraciado que ama ya no se pertenece mas! Ni aun puede matarse. El amor nos infunde cierto culto para con nosotros mismos; y es que respetándonos, respetamos otra vida. ¡Esta es la mas horrible de todas las desgracias; la

desgracia con una esperanza, una esperanza que hace aceptar tantas torturas!

Me dormí con la idea de ir la mañana siguiente á confiar á Rastiñac la singular determinacion de Fœdora.

CAPITULO ALTON...

XXV.

— Ah! ah! me dijo Rastiñac viéndome entrar en su casa á las nueve de la mañana. Ya doy en el caso de tu temprana visita. Es que Foedora te habrá dado pasaporte. Debes de saber, amigo, que algunas buenas almas de la familia murmurativa, desesperadas por el imperio que sobre la condesa ejercias, han anunciado vuestro enlace. ¡Dios sabe las locuras que te han atribuido tus rivales, y las calumnias de que has sido objeto!

— ¡Entonces todo queda corriente!... exclamé. ¡Y en aquel momento, recordando todas las impertinencias mías, hallé que la condesa era realmente un ser sublime!... A mi modo de pensar yo era un in-

fame y aun decia en la efusion de mi alma: cuanto he sufrido es nada comparado con las faltas que he cometido...

— ¡No vayas tan aprisa!... dijo el prudente Gascon. Mira que Foedora posée la penetracion natural á las mujeres profundamente egoistas. Sin duda que te habrá juzgado, y conocido en el tiempo en que tu no veías aun en ella mas que su lujo y su riqueza. — A pesar de tu ciencia, habrá leído en tu alma. Es disimulada lo bastante por llegar al punto de descubrir todas las disimulaciones.

— Creo que te habré encaminado mal... Con toda la finura de sus palabras y maneras, esta criaturilla me parece imperiosa como todas las mujeres; y que no tiene mas placer que en la cabeza. La felicidad para ella consiste únicamente en el bienestar de la vida, en los goces sociales; y en ella el sentimiento que ves no es mas que exterior, es un papel que vá jugando. Tengo para mí, que te volveria desgraciado, y que te habria de hacer su mas humilde lacayo...

Pero, Rastiñac hablaba á un sordo. Interrumpile manifestándole con aparente alegría mi situacion financiera.

— Anoche, me respondió, una vena contraria me sopló todo el dinero. Sin este vulgar infortunio, de muy buena gana hubiésemos partido fraternalmente mi bolsa.

— Mas, vamos á almorzar á la fonda; las ostras nos darán algun consejo.

Se vistió, mandó aparejar su carretela; en seguida, semejantes á dos milionarios, llegamos al café de Paris con la impertinencia de aquellos atrevidos especuladores que viven sobre capitales imaginarios. Aquel diablo de Gascon me confundia con la soltura de sus maneras, y con su serenidad imperturbable.

Cuando estábamos tomando café, despues de un refrijerio delicado y muy bien entendido, Rastiñac quien distribuia sendas cabezadas á una muchedumbre de jóvenes igualmente recomendables por las gracias de sus personas y elegancia de sus vestidos, me dijo, viendo entrar á uno de aquellos *petimetres*.

Ola! ¡precisamente aquí tenemos lo que te conviene!... Hizo seña á un jentilhombre en toda regla, el cual pareció buscar una mesa que le acomodase.

— Este mozalvete, me dijo Rastiñac al oido, es condecorado por haber publicado obras que ni siquiera entiende... ¡Es químico, historiador, romanero, publicista, tiene cuartos, tercios, mitades en no sé cuantas piezas de teatro, y es ignorante como la mula de don Miguel!... No pienses que sea un hombre; es un apellido, una etiqueta familiar al público. Así es que se guardaria muy bien de entrar en aquellos gabinetes en los cuales se lee esta inscripcion: *Aquí puede escribir uno mismo*. Pero tiene astucia bastante para engañar á un congreso. Y final-

mente, por lo que toca á la moral es mestizo: ni enteramente honrado, ni completamente pillo. Pero, chit... ya ha tenido un desafio... Esta es una cualidad que hace olvidar lo demas, y el público dice de él: *es un hombre de honor.*

Ola! mi escelente amigo, mi nobilísimo amigo, ¿como se halla vuestra intelijencia? le dijo Rastiñac, al sentarse el desconocido en la vecina mesa.

—Pero ni bien ni mal... ¡Estoy cargado de trabajos!... Tengo entre manos todos los materiales necesarios para hacer unas memorias históricas, muy curiosas, y no sé á quien atribuir las. Esto me atormenta un poco, porque verdaderamente las memorias históricas empiezan á decaer...

—¿Son memorias contemporáneas, antiguas, sobre la córte, ó qué?

—Sobre el asunto del collar de la reina...

—¿Que te parece? me dijo Rastiñac sonriendo. Y tornándose luego hácia el especulador:

—El señor de Valentin, repuso designándome, es uno de mis amigos, que tengo el honor de presentaros como á una de las futuras celebridades literarias mas eminentes. No es eso todo, sino que ha tenido una tia en palacio y marquesa además; y hace ya dos años que mi amigo está componiendo una historia realista de la revolucion... Y acercándose mas al singular negociante, le dijo en voz baja:

—Es un hombre de talento, pero un necio...

Puede arreglaros las memorias que teneis en nombre de su tia á tres cientos francos cada tomo.

—¡El asunto me cuadra! respondió el otro alzando su corbata. ¡Mozo, vaya! ¡y mis ostras!...

—Si, pero me dareis veinticinco luises de comision, y pagareis un tomo adelantado, repuso Rastiñac.

—No, no. Adelantaré solamente ciento y cincuenta francos á fin de tener con mas prontitud *mi* manuscrito...

Rastiñac me repitió disimuladamente aquella conversacion; y sin pedirme pareceres:

Ya estamos entendidos, le observó.

—¿Y cuando podremos venir para terminar el negocio?

—¡Y bien! mañana, á las siete de la tarde, venid á cenar aquí...

En esto, nos levantamos; tiró Rastiñac algunos sueldos al mozo, puso la lista de pago en su bolsillo y salimos. Quedaba cada vez mas estupefacto de la lijereza é indiferencia con que habia vendido á mi respetable tia, la marquesa de Monbauron.

Prefiero embarcarme para el Brasil, y enseñar allí el álgebra á los indianos, antes de marchitar el nombre de mi familia.

Rastiñac me interrumpió con una buena carcajada.

—¡Vaya, que eres muy torpe! toma los ciento y cincuenta francos y arregla las memorias. Despues cuando estén concluidas te rehusarás á firmarlas con

el nombre de tu tia. — Imbécil!... madama de Monbauron, muerta en el cadalso, sus armarios, su consideracion, su hermosura, su lujo, con sus mulas y todo, bien vale mas de seiscientos francos...; Y si entonces el librero no quiere pagar tu tia en todo cuanto vale, que vaya á buscar algun antiguo caballero de San-Luis ó alguna arrinconada condesa para que se las firmen!

— Oh! exclamé, porque me cansé de habitar mi pobre manida... El mundo tiene un reverso, bien hediondamente innoble...

— Eso es, respondió Pastinac, vienes ahora con poesías, y se trata de negocios. Eres un niño! Por lo que toca á las memorias, ya las juzgará el público. En cuanto á mí hombre de libros, ¿qué no habrá pagado bien caras por experimentos crueles, las relaciones que tiene ocho años há con impresores? Dividiendo con él y desigualmente el trabajo de las memorias, no es para tí mucho mas bella la parte que te toca! veinticinco luses son para tí mayor suma que mil francos para él. — Bien puedes escribir memorias históricas, que serán indisputablemente lo mejor que pueda verse, atendido que Diderot hizo seis sermones por cien francos.

— Vamos pues le dije, es necesario resignarse. Por tanto, mi buen amigo, te debo mil agradecimientos. Veinticinco luses me volverán muy rico.

— Y mucho mas rico de lo que piensas. ¿Te parece

que cuando le he pedido una comision, le he pedido mas que para tí?

Aquí le apreté la mano.

— Vamos al Bois de Boulogne, donde veremos á tu condesa; y luego te mostraré una audita con la que me caso: una mujer bonita, de la Alsacia, algo gordita. Lee Kant, Schiller, Juvénal, Pablo, y una infinidad de libros hidráulicos. Tiene la manía de pedirme siempre mi pariente; y para contentarla tengo que hacer como que comprendiera toda aquella sensibleria alemana; y atarearme con un monton de baladas! Todavía he podido desacostumbrarla de su entusiasmo literario. Con la lectura de Goethe llora á raudales; entonces véome obligado á llorar un poquito, por complacencia. Veinticinco mil libras de renta, amigo mio, y el mas pulido pié y la mano mas juda de la tierra! Sino fuera algo zalamera en pronunciar ciertas palabras seria una... no habria mas que pedir.

Vine á la condesa. Brillante estaba en un equipaje brillante; y saludónos muy afectuosamente la coquea, tirándome una sonrisa que entonces me pareció divina y llena de amor.

(1) Este adjetivo es indisputablemente característico para calificar los libros sentimentales, y Balzac como ya lo habrá observado el lector abunda en ese jénero de palabras que á la par que nuevas son muy significativas.

Ah! ¡cuan feliz era en aquel instante!... Me creía amado; tenia dinero, y tesoros de pasión; fuera miseria... Lijero, alegre, contento de todo, ví á la querida de mi amigo, y me pareció bella; porque los árboles, el aire y la naturaleza toda, me repetian la sonrisa de Fœdora.

Al volver de los Campos Eliseos fuimos á casa del sombrerero y del sastre de Rastiñac; de manera que mi traje me permitiera dejar el miserable estado de paz, para pasar á un formidable estado de guerra. De aquí en adelante ya podia luchar sin temor con los jóvenes que torbellineaban al rededor de Fœdora.

Volvíme á la posada, encerréme en el cuarto, estando cerca de la ventana con tranquilidad aparente, sin dejar de dirigir eternas despedidas á los tejados, viviendo en el porvenir, dramatizando mi vida, negociando con el amor y sus placeres... Ay! ¡cuan borrascosa puede llegar á ser una existencia entre las cuatro paredes de una manida!... El alma humana es una hechicera. Transmuta una paja en diamantes, y debajo su varita brotan los palacios encantados como las flores de los campos bajo las calientes inspiraciones del sol.....

FIN DEL TOMO PRIMERO DE LA PIEL
DE ZAPA.



